

Pinceladas de los 70's

Desde el Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia

*“Yo estoy ante una cosa y pienso en miles”
Andrés Caicedo. Que viva la Música*

*“Hay momentos en la vida en que el hombre de melenas piojosas
lanza, con los ojos fijos, miradas salvajes a las membranas
verdes del espacio, pues le parece oír ante sí las irónicas
voces de un fantasma.”
Isidore Ducasse. Los Cantos de Maldoror. Canto II*

La superficie

La Universidad Nacional era en los 70's un espacio enorme, verdiblanco, abierto, sin mallas, que con sólo pisarlo producía un efecto mágico de seguridad y confianza estableciendo el límite subjetivo entre la amenaza de la ciudad y la acogida del hogar, cuando se llegaba por las noches a las residencias “Gorgona” donde muchos de los residentes “pirateábamos”¹. En aquel entonces las residencias aún eran vivibles. Se caracterizaban por las señales etnocéntricas de las distintas colonias regionales estudiantiles destacándose los avisos en las ventanas de los costeos y los paisas. Eran punto de encuentro del movimiento estudiantil latinoamericano e incluso mundial como refugio temporal de visitantes, además de cumplir con la no menos importante función de ser la fuente de seguridad etológica-territorial de los propios. Frente a las residencias la percepción y los sentimientos eran condensados. Por un lado se consideraba de poco estatus vivir en ellas, pero por otro eran

vistas como una especie de territorio sagrado estudiantil con un gran valor simbólico por su condición de “fuerte” inexpugnable, a donde no se atrevía a llegar ni la policía, pues se asumían como expresión de la autonomía universitaria.

Y la autonomía allí tenía un carácter muy personal, lejos de cualquier consideración leguleya. Había personajes tan singulares como “Maro”, el mejor anfitrión que jamás he conocido con la increíble capacidad de entregar todo lo suyo dejando en uno la impresión absoluta de no pretender nada a cambio. No sé dónde los encontraba, pero permanentemente llegaba al cuarto con los invitados más “llevados” imaginables: Ramsés por ejemplo, un egipcio opiómano de dos metros de cintura que difícilmente cabía en la plataforma de concreto sobre la que se colocaba el colchón que le cedió Maro; no se bañaba ni compraba su alimento, se sentía invitado todo el tiempo y para completar por la noche nos despertaba con sus descargas de flatulencia más ruidosas y expansivas que las del José Arcadio de Macondo. En otra oportunidad apareció con un argentino, flacuchento y desgarrado que hizo estación en el cuarto para preparar su cuarto viaje de LSD: esgrimía como trofeo de su psicodelia su magra figura y un pulmón estallado, tenía veintidos años. En este receso sólo se alimentaba de “marimba” bocadillo y leche que Maro le traía a cambio del relato sobre sus “viajes”. No se si Maro cumplió con su propósito de renunciar a la carrera de Idiomas para dedicarse a la producción de miel, su destino de poeta.

* Candidato a Magíster de Sociología, Universidad Nacional de Colombia.

1. “Gorgona” era el término con que los estudiantes llamábamos a las residencias Uriel Gutiérrez y Camilo Torres. Tal nombre era una alusión sarcástica al confinamiento propio de las prisiones pues en la Isla Gorgona se encontraba la cárcel de mayor seguridad del Estado en ese entonces.
“Piratear” era vivir legalmente en las residencias. Tenían derecho a ellas sólo los estudiantes de provincia cuyos padres no tuviesen suficiente capacidad económica. Una excepción la constituían las residencias de casados que no tenían en cuenta la procedencia sino el estado civil.

Otros personajes asumían la extraterritorialidad de manera no menos singular aunque con visos tenebrosos. La escena se presenta una noche cualquiera: Un hombre se encuentra tirado en una tarima, medio muerto, quemado con cigarrillos y con el rostro sanguinolento. Me acerco y entonces grito al vigilante que llame a una ambulancia. No se había atrevido a hacerlo por temor a las represalias de “Salsa” y sus secuaces, administradores de la ley en residencias, quienes lo habían “ajusticiado” supuestamente por ser un “tira”. Después se supo que era un empleado de lavandería que llevaba un traje a un estudiante, con tan mala suerte que no lo encontré.

Recorrer la superficie del ámbito universitario exigía pasear en abarcas del 212 a la cafetería vieja para tomar café por 15 ctvs., en pocillos grandes, verdepálidos y rayados mientras se escuchaban las últimas noticias sobre los problemas en la Universidad del Valle, donde los estudiantes se alzaban contra los mandatos del PNUD-Unesco: dos muertos, voces airadas, organización de marcha, comités, representantes, cogobierno estudiantil... presencia, rabia y euforia.

Implicaba recostarse al sol en el “Jardín de Freud” para despulgarse amorcitos que agujoneaban la piel, teniendo como música de fondo la cantinela de Adamo.. “con mi ilusión castillos levante, los ví caer perdí la fe, me desengañé porque en el mundo nunca tanta farsa imaginé...”, saber que todo era inútil porque se amorizaba con uno de Medicina y entonces quedarse dormido auxiliado por el olor bendito de la “Santa Marta Gold” que quemaban al lado.

Recorrer por enésima vez el trayecto que conducía a la cafetería vieja (por oposición a la nueva de la torre administrativa), entonces el centro espiritual, la “Maloka” de la tribu. Servía para todo: para comer bueno, variado y barato, o gratis, si se generalizaba el “foco”²; para la lectura de comunicados y la expresión de arengas movilizadoras; para aprender a caminar en público haciendo equilibrio con la bandeja; para descargar la furia colectiva cuando no gustaba la comida; para aprender a sobrevivir en las estampidas del hambre de la manada cuando se demoraba la apertura del portalón.

Si Parsons nos mirara en aquella época establecería la diferencia entre los estudiantes de “inclusión total” y los de “inclusión parcial” a partir del grado de adopción de los rituales a la hora de comer, los rituales de cafetería. Y si nos viera Merton, diría que los “de adentro” son los que están haciendo cola y los “de afuera” los que pasan mirando con aires de distinción.

Tocar esta superficie era, al igual que para cualquier estudiante, de cualquier Facultad, aproximarse al centro benéfico

de confluencia de cruces, de intercambios, de disputas, de descrestes: la cafetería del 212 de Ciencias Humanas –me pregunto ahora cómo la llamarían los de otras carreras pues nosotros la llamábamos, con un “psicocentrismo” inconsciente, la cafetería de Psicología–.

Repasar con la mirada el hervidero de cabezas y aturdirse con la vocinglería general. Encontrar allí a los infaltables tertulios autodenominados el “Brain trust” o “avanzada epistemológica” que años más tarde dedicaría su tesis de grado a esta cafetería y en ella a algunos de sus más asiduos visitantes. Constatar que en su mayoría, el “trust” estaba constituido por “intelectuales de provincia”, que se irritaban cuando se les saludaba como “honorables miembros marginales de la *intelligentia*”. Hijos de carpinteros, sastres, funcionarios, maestros y pequeños rentistas de provincia que organizaban toda una cruzada familiar para enviarlos a la capital. Observar a las muchachas, que no tenían cabida más que como depositarias de la capacidad de asombro y proveedoras no-verbales de reconocimiento al cacumen que allí afloraba generoso. Entonces, fue necesario que mi querida María C, hiciera gala algún día de su buena memoria para nombrar a más de cinco autores en relación con el *Que est’ce que c’est de la Psychologie?*, (Canguilhem) que le valieron el reconocimiento de J. Bossa, para ser incluida a regañadientes en la tertulia, previa apostasía de sus anteriores vínculos.

Era necesario cuidarse mucho de lo que allí se dijera, pues la descalificación o la mofa caían implacables, condensadas, sobre quien dejara un resquicio en su vehemencia, o una debilidad en su planteamiento. Era el liderazgo de la retórica y la cubierta de la presunción ante la incertidumbre de los tiempos que a todos nos tomaban por asalto.

Los personajes

Todos, en distinto grado, nos sentíamos sorprendidos por una catapulta incesante que lanzaba los pedradones ideológicos explicativos del ser, la sociedad y la cultura, obligando a construir sobre la marcha un discurso que jamás habíamos escuchado. Estrenando el cerebro con rellenos holísticos, que con formulaciones maniqueas daban cuenta de la historia, permitían predecir, y aseguraban el argumento al perfil leninesco de guías hacia el futuro que muchos ensayaban.

En los 70's, entre los estudiantes el perfil dominante era el de los “revolucionarios” de todas las tendencias, herméticos, clandestinos, selectivos y aquiescentes por fuera de ellos sólo con muchachas bonitas, y con algunos librepensadores ensayistas de versos o de imágenes teatrales. En el escenario sólo se

2. “Foco”, palabra que designaba la práctica de comer sin pagar en la cafetería.

aplaudía a los magos de la palabra: los Ackerman, los Marce-
los, los Moncayos.

Para completar el panorama, había otros personajes que
fungían de poetas malditos con sus discursos marginales am-
bientados en “yerba”, de existencialistas del todo vale, del aquí
y ahora, prohijados teóricamente por el existencialismo euro-
peo, -Kierkegard, Heidegger-, o por el existencialismo gringo
de May y de Bubber, que nos trajo Connie, o por los filósofos
del deseo como Nietzsche.

El escenario era dramático. Si alguna palabra puede carac-
terizar lo que ocurría en nuestra subjetividad, lo es la palabra
“hueco”. Se habrían troneras existenciales desde Carlos Marx,
Sigmund Freud, Federico Nietzsche, Antonin Artaud, Arthur
Rimbaud, Isidore Ducasse, Fernando González, Camilo Torres,
Pablo Neruda... El resultado: gritos ahogados, atravesados en
las gargantas hechas a la medida de la tradición. Cerebros rura-
les vomitando este telúrico revoltillo de alumbramiento de
nuevas épocas. Por eso, entendiendo muy poco, nos sorpren-
día la noticia del que se colgó en el baño de su casa, del que se
proletarizó, del que se “chifló”.

Por supuesto, también había personajes ajenos a este teje-
maneje, aquellos que pasaron por la universidad, pero la Uni-
versidad nunca pasó por ellos.

El recuadro

Era el tiempo de los proyectos colectivos. Toda acción tenía un
sello altruista que jamás he vuelto a ver. Toda explicación se
buscaba en la dialéctica de las causas generales. Todos, coloca-
dos en el vórtice de una postura crítica que desde las ciencias
humanas y la filosofía adoptaba el mandato marxista de, por
fín, ponerse a transformar el mundo, de alguna manera nos
sentíamos convocados a contribuir al parto de una nueva Co-
lombia, de una nueva Latinoamérica.

El momento llamaba a la construcción de proyectos colecti-
vos, el desdén por lo singular guiaba las agendas de los días; el
marxismo como metarrelato crítico dominante, nos servía
como reacción de rechazo visceral al positivismo y su método
de cabecera, la experimentación. En Psicología, mirábamos
con menosprecio a quienes se plegaban a las formulaciones
watsoniano-skinerianas y su modelo de análisis experimental
del comportamiento; asistíamos con piadosa resignación al de-
sarrollo de las propuestas curriculares aplicadas como las cáte-
dras de psicometría o de entrevista psicológica. De esta manera
el grupo de docentes era clasificado maniqueamente entre bu-
enos y malos, vetados y no vetados. En tal escenario, lo veo aho-
ra, ser docente del Departamento de Psicología era asunto para

guerreros: se quemaban en el combate, se unían a la horda o se
atrincheraban en la retaguardia de las clases en “servicios”³.

Lo que menos se estudiaba eran los contenidos particulares
del currículo de Psicología. Asistíamos a círculos de estudio de
El Capital, de Psicoanálisis, del Libro Rojo, de Táctica Urbana,
de Teatro. La verdad, no se podía perder el tiempo en casuísti-
cas cuando nos esperaba la visión Rimbaudiana de la “aurora
de la nueva sociedad” señalándonos los caminos de las “nue-
vas, espléndidas ciudades”

Los movimientos

En los 70's vivíamos una coyuntura compleja, entendida como
“intersección de diversas temporalidades históricas”⁴ pues la
verdad, modernidad y posmodernidad se nos mezclaban en un
solo revoltillo.

La perspectiva oficial se concretaba en el currículo de las
ciencias humanas, en particular el de Psicología, con su enfo-
que desacralizado, positivista, profesionalizante, centrado en
la conducta, el fenómeno y el deseo, que buscaba la formación
de tecnólogos de la conducta al servicio de los propósitos mo-
dernizantes del estado.

La reacción enconada la constituía el movimiento descrito
anteriormente como recuadro de este pictograma que era, por
así decirlo, la pincelada antioficial dominante, representada
por la vanguardia estudiantil y profesoral de los 70's. Se carac-
terizaba por la búsqueda de la racionalidad moderna en la con-
cepción del Estado, dentro del marco de un progreso deseable
para todos, la búsqueda de participación y representación de-
mocráticas, y una postura nacional-antiimperialista en defensa
de los recursos, los valores y las prácticas nativas. Se expresa-
ba, en los planteamientos de la izquierda que tenían sus avan-
zadas teóricas en la Universidad, y que a pesar de las confronta-
ciones a veces agónicas entre bandos, coincidían en la
búsqueda de una Universidad de masas, democrática, autóno-
ma, secular y nacionalista.

Desde las márgenes, las oleadas alternativas a la hecatom-
be de la modernidad y su concepción de razón, sujeto, progre-
so, justicia, ciencia, se colaban permeando todas las membra-
nas, incluídas las de la izquierda, con las propuestas de
Reichnianas de liberación de la sexualidad; la recuperación del
sujeto y de su cerebro límbico desde el movimiento hippie; el
derecho al ruido, lo vetado y la psicodelia desde la música y la

3. Materias de Psicología que se ofrecían a estudiantes de otras carreras.

4. Al decir de Perry Anderson, citado por N. García Canclini en *Culturas Híbrid-
das*, Ed. Grijalbo, México, 1989.

droga con su mentor empoderado J. O'Leary; la recuperación modernista de lo autóctono en las diversas manifestaciones del arte; el reconocimiento, aunque tímido en sus comienzos, a la expresión de la diversidad sexual, y la entronización de las metodologías cualitativas, la exégesis y la hermenéutica social

como alternativas comprensivas para el conocimiento social y la descolonización del pensamiento.

Y otras tantas oleadas, que nos han dejado exhaustos en estas playas de sobrevivientes incapaces de saber a qué distancia quedó la patria perdida de nuestros sueños... 🌿



Aspecto parcial del "Jardín de Freud" a un costado del edificio de Sociología, donde funcionó la Facultad de Psicología entre 1965 y 1968 (2º piso, actual decanatura de Ciencias Humanas). Foto del archivo histórico del Museo "Leopoldo Rother", prof. Claudia Romero, Instituto de Investigaciones Estéticas.